



# Jaulas

Ian Watson

—Señorita Adamson, soy Svelte —dice la alta y delgada mujer de cuarenta y tantos al entrar en mi oficina.

Svelte de nombre y también de cuerpo, alargado y sutil. Lleva unos *leggings* y camiseta negros bajo una camisa carmesí con diversos bolsillos con cremallera, un vestuario no muy habitual para las mujeres en Inteligencia Combinada. Por mi parte, también ando por los cuarenta, aunque un poco más rellena, y llevo una blusa de color crema y chaqueta gris, y una falda gris larga que oculta mi jaula de rodilla.

El cabello de Svelte forma una negra cascada, y el cuello de la camisa se abre para dejar espacio a un aditamento hexagonal de latón que mantiene su barbilla erguida. El impedimento casi parece algo que está de moda, elegido deliberadamente por ella, no impuesto.

Señalo la silla de cuero marrón frente al escritorio y se sienta cómodamente en ella.

—Entonces, ¿qué es Kore, exactamente? —le pregunto.

Según el archivo que aún tengo en pantalla, Svelte es mitad serbia, mitad rumana. Su nombre real es Svetlana, pero utiliza el nombre Svelte desde su época como... cantante de «turbo-folk». Su perfil profesional en Combi-Intel indica que trabaja en Análisis de Europa del Este; obtuvo el título de Política y Economía en la Universidad de Belgrado. Casi todas las economías de Europa del Este son un desastre; tras la conmoción de la unión con el Oeste, los aros llegaron demasiado pronto.

Por mi ventana tintada veo el Támesis, tan gris como mi ropa; al nivel de los tejados, por encima de Kensington y Chelsea, los aros cuelgan pesadamente, por

docenas. Si, en esta mañana de junio, brillase el sol, los aros relucirían como inmensos brazaletes en un escaparate.

—Kore es tekky que samplea y remezcla los sonidos de hacer el amor —dice Svelte.

Un momento: «tekky»; «samplea»; «remezcla». Al parecer, esta serborrumana sabe más inglés que yo.

—Tekky es música neo-tecno —explica—. Se samplean fragmentos de música o ruido, y se utiliza un sintetizador para distorsionarlos. Partiendo de un sonido de origen, se logra convertirlo en algo que nunca fue. Kore utiliza los sonidos de follar y de orgasmos como sonidos *source*. —Deletrea la palabra para echarme una mano. No es como *sauce*, no.

De un bolsillo con cremallera de la pechera de la camisa saca un lápiz de memoria, que yo conecto al ordenador. En la pantalla aparece la portada de un álbum, con una mujer bailando rodeada de llamas y el rostro oculto por una máscara de zorro. Unas manos multicolores y separadas de sus propietarios manosean, agarran y cubren casi todo el cuerpo de la mujer. Un poco de vello púbico y un pezón están al descubierto.

—Ah, ya veo —dije—. Kore de «hard-core».

—No es digital. Las manos están pintadas sobre ella.

—Así que se trata de arte. Qué mujer tan paciente; deben de haber tardado una eternidad.

El título del álbum es Suspiros y gritos, ¡de los mismísimos *Entrelazamiento Cuántico*! Svelte es extraordinariamente organizada, y le basta con media hora. La delgadez, la altura extra, el cabello oscuro... es igual que Miriam antes de desaparecer de mi vida. No es que muriese, solo murió nuestra relación.

La música es suave y elegante, como la piel sudorosa, pero con una rítmica línea de bajo, un clímax prolongado, bucles con gemidos que se repiten una y otra vez, oleada tras oleada, suspiros como un coro de ángeles en éxtasis.

*To-odo lo que*

*Todo lo que haces*

*Haces, haces, haces*

*Todo lo que dices*

*A mí, a mí, a mí*

*Todo lo que me haces*

*Me dices me haces*

*Es perfecto perfecto perfecto*

*Me haces me dices*

*Perfecto perfecto perfecto...*

—Suenan a plagio de Marlene Dietrich —opino yo—. «*You Do Something To Me*».

—No, es lo que alguien dijo realmente mientras hacía el amor. La voz está filtrada, camuflada, con el tono modificado; a veces queda un poco exagerado. La voz sube seis octavas, como si respirase helio puro, casi como si fuese ultrasónica, como algo para excitar a los murciélagos.

No me atrevía ni a soñar con expresar algo parecido en serbocroata o en rumano, ¡ni siquiera en inglés!

Minimicé la portada del álbum y seguí con el curriculum. En su juventud, Svelte era una de las favoritas del régimen de Milosevic. El turbo-folk era una música mística nacionalista que empezó dando apoyo a Milosevic y sus gánsteres, una mezcla primitivista de pop, folk y sonidos orientales. Tras unas contundentes acusaciones de crímenes y tráfico de drogas, Svelte se había visto obligada a salir de Serbia, probablemente. Limpió su imagen, desempolvó el título universitario y se convirtió en una de nuestras expertas en Europa del Este; por no mencionar sus conocimientos de la escena musical.

—¿Sabes por qué pregunto sobre kore?

—La red dice que Entrelazamiento Cuántico está preparando un gran espectáculo, Expirión. Samplearán el ruido de las abejas alienígenas, manipularán el zumbido de las grandes abejas y les pondrán la mezcla a todo trapo a los aros o a las abejas. La idea es que, ya que los Varroa nos jodieron a nosotros, ahora los jodemos nosotros a ellos con música.

En resumen, eso es más o menos lo que me advirtieron a la salida de una reunión sobre la bomba nuclear que habían lanzado los chinos. Por lo que se podía deducir de las imágenes de satélite, el solitario aro alienígena que los chinos habían bombardeado en el Gobi se limitó a ascender varios kilómetros por la explosión. Quizá parte de la explosión traspasara al otro lado del aro.

¿Era el primer disparo de una guerra interestelar? Teniendo en cuenta el tamaño de un aro, si había llegado a traspasar algo, no sería más de una milésima de megatón; y, de momento, no había habido repercusión alguna por parte de los extraterrestres. ¿Teníamos que hacer algo más que lanzar una bomba nuclear a un aro? Malditos chinos; quizá hayan provocado algo. Svelte se encoge de hombros.

—Me acabo de enterar. No se puede estar al tanto de todo.

—Eres rápida.

Pero, ¿a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de «los extraterrestres»? En el terreno de la inteligencia, la precisión es esencial. Es importante volver a

analizar con frecuencia lo que creemos saber, por si surge alguna nueva interpretación. Hacer hipótesis y empeñarse en mantenerlas puede ser fatal.

En primer lugar llegaron los aros, no se sabe de dónde. Aparecieron decenas de millones en todo el mundo en un solo día. A continuación llegaron los Varroa, que utilizan los aros para entrar y salir. (¿Habrá alguien o algo más implicado y sobre el que no sepamos absolutamente nada?).

Bastó una semana para que los innumerables aros infligiesen impedimentos a toda la población mundial. Primero llegaba un aro y, de pronto, la persona objetivo se encontraba con una jaula alrededor de alguna parte de su cuerpo. Yo, por ejemplo, tenía que mantener la pierna izquierda estirada bajo mi escritorio por culpa de mi jaula de rodilla.

Los impedimentos se mantienen en su lugar mediante una barra que los atraviesa. La barra en sí no hace daño, pero pobre de aquel que se quite un impedimento con cirugía o aserrándolo en casa, *á la bricolage*: experimentará una pura agonía hasta que otro aro se decida a renovar el castigo, quizá al día siguiente, puede que una semana más tarde.

Los aros no descienden sobre alguien que esté, por ejemplo, en el último peldaño de una escalera de mano; esperan un momento más apropiado; son listos. Si te encierras a cal y canto en tu casa, un aro se materializará allí como por arte de magia. Miden alrededor de un metro de diámetro, y nada de lo que hacemos les afecta. Los científicos dicen algo de una sustancia exótica; quizá estén hechos de cuerdas. Ah, acabo de caer: *Exprisión*, el título del espectáculo que han propuesto los Entrelazamiento cuántico, es lo contrario de encarcelamiento. Todos nosotros estamos confinados, restringidos, por nuestros impedimentos; pero, al mismo tiempo, somos libres de ir donde queramos. Estamos excarcelados.

—Entonces —le digo a Svelte—, ¿metemos baza en el tema de Entrelazamiento Cuántico y nos hacemos cargo de este, digamos, evento mixto? ¿Llevamos todo tipo de equipos de medición, o nos limitamos a observar? Y en ese caso —digo, evaluando su atuendo— ¿cómo nos vestimos?

—O desvestimos.

—¿Literalmente?

—Algunos chicos, solo algunos, irán desnudos, o casi.

—Me alegro de saberlo. ¿Esto es solo para gente joven?

—El kore te estimula con amigos de cualquier edad —dice Svelte, meneando la cabeza—, o incluso con uno mismo. Es no discriminatorio, como sexo para minusválidos. Parecía que los impedimentos iban a joder la escena de clubs y baile; ¿cómo bailas con el pie dentro de una caja? El kore dice: que se jodan los impedimentos.

—¿Te refieres a que habrá una especie de orgía?

—Quizá algunas microorgías, pero no sexo masivo. Hay una especie de dimensión espiritual, como un orgasmo que sube hasta el cielo, trasciende el cuerpo, vuela libre.

—¿Y *Suspiros y gritos* era una respuesta a los impedimentos?

—No, *Suspiros y gritos* se publicó unos meses antes de los aros. Lo que Entrelazamiento Cuántico planea ahora es responderles. Deben de haberse pasado meses sampleando y mezclando.

—Ya es hora de meter las narices en esto.

—¡Marcha a tope, gente!

Así que los Varroa llegan a través de los aros. Tienen aspecto de abejas gigantes y son del tamaño de una tostadora. Emiten un sonido demasiado fuerte para un aleteo: «*varrr-oh-aah, varrr-oh-aah*»; más bien sugiere una especie de campo protector de energía, sea lo que sea eso, porque somos incapaces de atrapar a un Varroa ni hacerle ningún daño. Además, hay un parásito terrestre llamado varroa que chupa la sangre de las abejas, lo que las debilita y hace que recojan menos polen y, por tanto, que hagan menos miel. Al cabo de unos meses, adiós colmena. Los Varroa y sus aros perjudican a los seres humanos, eso desde luego; así que el nombre tiene éxito.

Quizá eran robots construidos por alienígenas (a los que nunca hemos visto) y enviados por los aros a fin de dañarnos y evaluar los efectos. Algunas intenciones de los hipotéticos alienígenas podrían ser:

—ablandarnos para la invasión real; sin embargo, hay un comité ético de razas alienígenas que desaprueba los métodos brutales y concede minipuntos por inventiva;

—dificultar la práctica del sexo para hacer que nos extingamos poco a poco; la tasa de natalidad ha descendido de forma aterradora; a este ritmo, en un par de siglos, el planeta estará vacío (ver escenario de invasión, más arriba);

—impedir que nos superemos al desarrollar repentinamente algún adelanto científico, como el viaje interestelar, que pudiera provocar el caos entre ellos;

—practicar una forma de arte;

—complétese con la idea de cada cual.

Muchos países han enviado pequeños ingenios voladores inteligentes a través de los aros, aunque aquí, en Londres, no tenemos noticia de que ninguno de ellos haya regresado jamás o enviado ningún dato. Los especialistas de SETI (Búsqueda de inteligencia extraterrestre) intentan, en vano, analizar el ruido de los Varroa y comunicarse con ellos, pero no van más allá de las conjeturas. Este plan de acción es distinto: los del kore van a llevar a cabo un innovador, y quizá agresivo, experimento musical. Si aciertan, genial. Es mejor no arruinar la espontaneidad del experimento; a

veces se delibera demasiado. Nos limitaremos a observarlo, yo y mi enigmática colega serbia; y, desde luego, necesitaremos que alguien lo grabe discretamente en vídeo para tener un registro audiovisual del evento. Lo haré por iniciativa propia. No es más que un grupo de música, demonios; si no sacamos nada en limpio de esto, estaría desperdiciando recursos, ¿no?

Antes de que llegasen los aros y me pusiesen una jaula en la rodilla derecha, mi tarea principal era actuar de enlace con el servicio de seguridad francés en el tema de la amenaza terrorista islamista, y así es como, hace seis años, conocí a Miriam Claudel. Aquello terminó y, durante los últimos dos años, no ha habido nadie más. Prefiero que las relaciones surjan con el curso natural de los acontecimientos antes que salir de caza.

*The Studio* es el nombre de una vicaría del siglo XIX ubicada en Lambeth, ampliada y reconvertida en residencia de ancianos, que acabó quebrando. Con mucho dinero procedente de turistas norteamericanos y europeos y de una barbaridad de ventas, Benny Wallace y Trev Tate compraron el lugar antes de que llegasen los alienígenas.

Hoy es noche de club; cualquier cosa con tal de levantar los ánimos.

En este quinto aniversario (en días) de la primera vez que vi a Svelte, la tarde es tibia y soleada. Conduzco con la ventanilla bajada, y la larga falda vaquera, con grandes bolsillos bordados con remolinos de margaritas, cubre los botines. Blusa blanca, chaqueta vaquera torera sin mangas; queda un poco *country*, pero de todo tiene que haber. A mi lado, Svelte viste de escarlata y negro; en el asiento trasero, Tony Cullen de Vigilancia, lleva una caja en la mano izquierda: su cámara digital, disfrazada de impedimento. Su verdadero impedimento es una especie de complicado braguero, así que no le gusta demasiado sentarse; ni siquiera en una silla inodoro de casa, según me contó. Generalmente, lo que hace, cito textualmente, es despatarrarse en el sofá como un romano en un banquete. La verdad es que Tony parece un poco romano, con esos rizos rubios y nariz aguileña. Con lo del braguero no debe triunfar mucho en el mundo gay últimamente. Lleva pantalones anchos de color beige y un suéter de color crema demasiado grande.

En estos tiempos hay tan poco tráfico en las carreteras que el aire casi huele bien. Aparcar mi Volvo turbo-diesel adaptado para minusválidos en una calle comercial es pan comido; a ver quién era capaz de encontrar un sitio para aparcar en esta parte de Londres antes de los impedimentos. Caminar medio kilómetro con una jaula en la rodilla no será muy agradable, pero queremos pasar desapercibidos.

Tony y yo salimos torpemente del coche; Svelte se desliza hacia fuera con gracia y en menos de medio segundo ya está de pie. La admiro.

La teoría de que estamos expiando algún error del pasado en función del tipo de impedimento que llevamos es ridícula. ¿Me han inmovilizado la pierna porque era capitana del equipo de hockey en Oxford? ¿Svelte tiene que llevar un impedimento cerca de las cuerdas vocales porque era cantante?

En la calle, el ritmo lo marca la necesidad de balancear en arco mi rígida pierna izquierda. Un aro nos pasa por encima; casi nadie le presta atención. Es fácil saber quién va a la fiesta: una chica con traje de baño de Spiderman y falda corta de volantes; su amiga en sujetador y bragas, botas y sombrero negro de vaquero; una chica con pantalones cortísimos, top con escote de barco y un impedimento en la rodilla igual que el mío, salvo que el suyo es de color rojo vivo. Debe de haber pintado o esmaltado la jaula ella misma; ¡cuánto valor!. Hay más variantes.

Svelte me dijo que Benny y Trev tenían pensado centralizar los estudios de media docena de grupos de tekky con la idea de formar una comuna sinérgica en la que todos se beneficiaran mutuamente, pero sin abandonar sus proyectos individuales. La sabiduría popular dice que no vivas en el mismo sitio en el que trabajas, o acabarás atrapado y sin vida social; pero resultó que, después del asunto de los aros y los impedimentos, *The Studio* ofrecía una especie de santuario, de oasis. Con tono de aprobación, Svelte dijo que parte de la música que se hace allí es muy demencial, como lo que hacen los Salmos de Locura.

Solo nos interesa la banda Entrelazamiento Cuántico original, compuesta por Daniel, Sean y AlanJune: así se autodenominan los dos últimos miembros, ya que carecen de identidad independiente. Quizá es que Alan y June están unidos por un impedimento; veremos.

Un jazz vibrante se mezcla con los olores al pasar por un puesto de pescado frito, donde una china preciosa de larga melena negra está sacando patatas de una freidora. En tales circunstancias, yo me pondría una red en el pelo, pero resulta que este oculta parte de su impedimento, que consiste en una pequeña caja roja, semejante a una radio, pegada a la cabeza. ¡Ese es el origen del jazz! ¿Estará sonando todo el tiempo? ¿Cómo consigue dormir? ¿Cómo hará para no volverse medio loca? Sin embargo, parece bastante serena; a lo mejor se ha quedado sorda.

—Sally, echa un ojo —dice Svelte. Le he dicho que me llamase Sally; «señorita Adamson» sería absurdo en un concierto.

En general, uno intenta no quedarse mirando a las personas con impedimentos anormales; al fin y al cabo, estamos todos en el mismo barco. Sin embargo, hay algo distinto en la mujer de mediana edad que cruza la calle hacia nosotros. Los impedimentos vivos son bastante raros, y el que la mujer lleva en el antebrazo derecho es un gato con caparazón de tortuga; o, para ser exactos, es un gato casi entero. El animal no tiene patas traseras y está unido al muñón del codo derecho. La

mujer acuna al minino, que se agarra a su hombro con las patas delanteras mientras meneas la cola, contra el pecho.

—¡Imagínate darle de comer! —Tony sostiene la mano de la caja muy quieta; creo que está grabando un vídeo de la mujer. ¿Tendrá una biblioteca privada de vídeos de impedimentos extraños? En fin, lo que sea para mantener la sexualidad en estado de revista.

Me imagino a la pobre mujer arrodillada pacientemente junto al bol de comida del gatito, ronroneando para animarlo. ¿Y qué pasa cuando el gato quiere cagar?

—¿Qué haría para merecer una cosa así? —dijo Tony—. ¿Querer demasiado a su mascota?

—¿Y qué haría el gato? —replica Svelte.

Cuando la mujer pasa junto a nosotros, nos callamos.

Muchos de los impedimentos parecen arbitrarios; otros parecen mordazmente apropiados. Así que existe la teoría de la «instantánea», que dice que el impedimento refleja lo que una persona estaba pensando en el preciso instante en el que aparece la jaula. Las personas que pensaban banalidades recibieron un impedimento estándar cualquiera; sin embargo, los obsesivos pensaban en sus obsesiones.

—Les gustan las bromas pesadas —dice Tony—. En algún lugar del país de los Varroa, el público está muriéndose de risa, aguantándose la tripa.

Como si hubiese estado prestando atención, el ruido se interpone: *vrrrr-oh-aah*, *vrrrr-oh-aah-oh-aah*, un viento furioso soplando entre los árboles, el sonido del vuelo de una abeja gigante. Un Varroa pasa volando rápido, con las escamosas patas articuladas colgando y las alas de aspecto vítreo batiendo a gran velocidad, pelo amarillo jaspeado de naranja, ojos negros saltones, antenas como una cornamenta en miniatura.

—¡Pírate! ¡Largo! —le grita un tío mientras agita su impedimento, una caja en la mano derecha, con actitud vengativa. Casi todo el mundo mira hacia otra parte. Mucho más arriba, un avión de pasajeros cruza por encima de Londres y desciende hacia el lejano Heathrow, algo que ya no es muy frecuente; el turismo casi ha desaparecido.

De un quiosco sale un tipo negro y delgado con una jaula en la cabeza y un bebé en brazos; parece una parodia de un jugador de fútbol americano. De repente, sus piernas empiezan a moverse a paso rápido; habrá detectado un Varroa en las proximidades. Pero haga lo que haga un padre, su hijo recibirá un impedimento cuando se acerque al metro de altura. Cabezajaula, que probablemente está un poco chalado, pretende impedir que su retoño aprenda a caminar para que no llegue a aparentar su verdadera altura. Bueno, el resumen es que no va a funcionar. Es lo mismo largo que alto.

Un alto muro de piedra coronado de púas oxidadas rodea el terreno de la ex-vicaría y ex-residencia; tras él hay cedros, cipreses y pinos rojos. En la puerta, dos tipos se meten el dinero de las entradas en los bolsillos de sendos abrigos largos de cuero, abiertos. A causa de la jaula que lleva en la cintura, un recaudador parece embarazado de una especie de hijo-robot, con médula espinal, costillas y otros huesos metálicos abrazando el desnudo tórax; el otro lleva una caja maciza en un pie; no quiero ni imaginar cómo debe de apestar el interior al cabo de un año.

Avanzamos por un largo camino de entrada flanqueado por parterres, acompañados sobre todo por adolescentes y veinteañeros; más allá se oye un ritmo de bajo. Me pregunto qué opinarán los vecinos de la zona del ruido en las noches de club. Antes de los aros, cuando la gente podía desplazarse más lejos para ir a conciertos, esta no debía de ser una zona de salir. Las prioridades sobre qué nos molesta y qué no han cambiado.

Tony graba secretamente a una preciosa chica negra que está frente a nosotros, con unos pantalones de raya diplomática cortados en forma de tanga que dejan al descubierto el trasero y las piernas. Lleva una jaula en la mano que parece un arma medieval. A lo mejor Tony no es gay, pero me importa un bledo, preferiría que esta noche estuviéramos solo Svelte y yo, pero la presencia de Tony sirve para recordarme que hay una forma correcta de hacer las cosas. La rubia amiga de la chica negra lleva una falda de volantes y un voluminoso sujetador metálico, a cuyo dorso tiene fijadas unas alas de mariposa de muselina amarilla. Miento: no es un sujetador, sino una jaula de pecho a la que ha añadido unos cuantos adornos.

Se está congregando una buena cantidad de gente en la noche de club. Ante nosotros, aparece una gran carpa.

—Estos chicos son unos valientes —dice Svelte—. Los admiro.

—Silbando mientras Roma arde —dice Tony.

—Estás excitado. Disfruta de la vista.

Con una sonrisa burlona, Svelte dice algo parecido a «*S'avem che bea shi fute!*»

—¿Cómo dices?

—Es un brindis rumano; significa «por una copa y un polvo».

—Mira —dice Tony—, ni me conviene excitarme ni queda muy profesional.

Svelte no sabe lo del braguero de Tony. Es tan exótica, Svelte; aunque, sin duda, ella no lo cree. Probablemente sea hetero, aunque no tiene por qué; el tiempo lo dirá. ¿Lo dirá? Tengo que mantener la cabeza despejada.

Primero echamos una ojeada en la inmensa carpa, donde el ambiente se estaba caldeando; cuerpos calientes y luces cálidas avivaban las aromáticas neblinas. Sin embargo, la música que suena por los grandes altavoces es como un líquido frío, más

distante que íntima, grabaciones. Un cuarteto de máquinas espera su turno en el escenario: teclado digital, caja de ritmos, hipersintetizador, y otro artilugio. A diferencia de Svelte, no tengo ni idea de cuál es cuál, ni de qué es cada uno.

—Bonito *reverse reverb* aplicado a la línea de voces —comenta en voz alta, y creo que la entiendo—. ¡Pero no os paséis! Mierda, ahí vamos. Eso excitará a los murciélagos —dice con desprecio.

Un tema distinto capta mi atención: suspiros y gritos sobre una pulsante línea de bajo. Esto es kore de verdad, la pieza que oí en mi despacho:

T-todo lo que

T-to-todo lo que haces

Haces, haces, haces...

Los jóvenes agitan los brazos sobre las cabezas, arrastran los pies y agitan las caderas, en un gozo frenético. Anillos labiales, aretes en la nariz y adornos metálicos en el ombligo hacen que los impedimentos parezcan inmensos y exóticos *piercings*. Una chica blanca con sujetador y bragas negras, botas y sombrero de *cowboy* se magrea con una chica negra con sujetador blanco etcétera. Me parece bien. Una inmensa guirnalda hawaiana de brillantes flores de plástico cuelga sobre el breve vestido azul de cóctel de otra chica. En la camiseta de un tío se puede leer BÉSAME EL CULO, SEXY, aunque la abultada jaula que lleva en el trasero bajo sus vaqueros enormes dificultaría la operación. ¿Por qué no llevará una falda escocesa? Los tipos con impedimentos de esa clase suelen llevarlos. En la multitud también hay personas de más edad, así que tampoco me siento fuera de lugar. Nos quedan dos o tres horas hasta la actuación de EC, tiempo de sobra para husmear cada uno por su lado.

Veo un enano muy pequeño, con una gran cabeza, que me llega poco más allá de las rodillas. Lleva una camiseta de malla y unos pantalones cortos, muy cortos, amarillos, que exhiben sus arqueadas, peludas y musculadas piernas... ¡no, lo que exhiben es el hecho de que no lleva ningún impedimento! Es inmune a causa de su estatura extremadamente baja. En la tierra de los impedidos, el enano diminuto es el rey, y no deja de alardear de ello con altanería. Seguro que piensa que, dado los tiempos que corren, es sexy. O quizá, simplemente, lo sabe.

Un hombre pecoso y rubicundo de unos cuarenta y pico años, con cazadora *bomber* de cuero marrón colgando de los hombros y la mano derecha encerrada en una jaula está charlando apresuradamente con un sujeto alto y delgado con pantalones holgados y una camiseta con una ilustración de un coño; lleva una jaula en el pie derecho. El rostro cadavérico y la melena despeinada del de la camiseta de coño encajan con la foto de la página web de Sean, de EC.

Me pongo el auricular que llevo en el bolsillo en el oído. Parece un minúsculo aparato para la sordera de color carne, incluso si te fijas. El micrófono direccional que llevo en el bolsillo tiene un enlace de radio.

—... expresión podría ser una palabra real sin problemas.

—¿Como Björk cuando pensó que «homogénico» era una palabra de verdad hasta que alguien le dijo que le habían vacilado? Pero se quedó con ella igual.

*Como te pegas a mí, nunca seré libre...* —canta el tipo delgado. Quedaría mejor doblado: *Como, como, te pegas, te pegas...*

—¡No me tomes el pelo, Sean! ¿Caz piensa aparecer?

—Si el baile es una vela, ella es la polilla.

Justo en ese momento aparece una rubia adolescente, guapísima, con pantalones verdes muy cortos y un vaporoso top con escote de barco, jaula en el pie izquierdo y fetichista bota verde en el derecho. Sean se vuelve hacia ella y hace tintinear su impedimento.

—Hola, preciosa; tú y yo, ¿qué dices? Vivo en *The Studio*; ¿quieres que te lo enseñe por dentro?

—Pasa de mí —le suelta ella.

—Los jóvenes pueden ser de lo más puritano, aunque no lo aparenten —dice Ginger, contemporizando.

—Entonces, ¿qué hacen en un puto concierto de kore? ¿No serás tú el puritano últimamente, Pete, porque no puedes tirarte al tesorito de Benny?

—No me gusta esa expresión.

—Necesito una Heineken Ice. ¿Vienes a *The Studio*?

—Me quedaré un rato por aquí.

—Demonios, Benny no puede ir a ninguna parte —se refiere a Benny, el copropietario—. Y además está cada día más gordo, no hace ejercicio y come demasiado.

Vamos a dejar las cosas claras: Pete se ha follado a Caz, que es la novia o esposa o lo que sea de Benny, el copropietario. Pete espera ver a Caz esta noche, así que Pete no reside en *The Studio*... ¿o se acaba de mudar? Puede que Benny haya descubierto lo de Caz y Pete y lo haya hecho expulsar de la comunidad. Es de suponer que Pete no puede ser del todo persona *non grata* del otro copropietario, Trev, o los tíos de la puerta no le habrían dejado pasar. Ya he visto un par de porteros con vaqueros y camisetas de color naranja brillante; seguridad, primeros auxilios, no sé. Ambos llevan jaulas en la cabeza de impedimentos; son como cascos con visor y muy prácticos para embestir a cabezazos en caso de necesidad. Si Pete estuviera en la lista negra, no hay duda de que lo sabrían. Lo mantengo vigilado cuando entra solo en la inmensa carpa, cada vez más repleta de gente.

Benny no puede ir a ninguna parte; no hace ejercicio. ¿Significa eso que tiene impedimentos aún más graves que los de la gente normal? Porque eso explicaría tanto el motivo como la oportunidad para que Caz fuese infiel.

Ya veo. Una mujer alta y esbelta de cabello oscuro, vestida con una falda verde y blusa de encaje ha hecho acto de presencia, y Pete se dirige hacia ella. Debe de tener cuarenta años o más, y lleva un parche negro en el ojo izquierdo. Si se trata de Caz, quizá Benny se ha enfurecido y le ha dado un puñetazo en el ojo. Aunque es bastante improbable, si no puede moverse.

Espío la conversación de más de cinco minutos entre Pete y Caz. Pete quiere que se vaya con él, pero ella no puede. No es que no quiera, es lo que más quiere en el mundo, pero no puede. Aún no.

—Caz, ¿no puedes huir con Contessa? Y, de todos modos, no son más que bravuconadas. ¿Cómo iba él a poder siquiera torturar a —esperaba que Pete dijese «un niño»; en cambio, dice: — un gato?

Contessa debe de ser el nombre de la gata de Caz y como una hija para ella. Benny ha amenazado a la gata de Caz si se porta mal.

—No tengo cesto para gatos.

—¡Demonios! ¡Te compraré uno!

—¿Cómo lo explico?

—No es más que un fanfarrón.

—¿Y puedo arriesgarme?

Por un lado, a Caz le parece tan real como terrible la amenaza de Benny. Sin embargo, por la forma en que Caz habla de Benny, parece que le importa y que siente lástima por él; es reacia a dejarle.

—Pete, pronto tendré que enseñárselo... —¿Enseñarle qué?

Finalmente caigo en la cuenta. En compensación por haber inmovilizado a Benny, los aros cambiaron un ojo de Benny por uno de Caz. Cuando Caz se quita el parche del ojo, Benny ve lo que ella ve. ¿Y viceversa? No tengo ni idea. Caz tiene que cerrar su propio ojo cada vez que se quita el parche, o provocaría un imposible batiburrillo de visión doble, dos escenas distintas percibidas simultáneamente.

El impedimento de Caz es el ojo de Benny. Y sin embargo, Benny no puede oír, ni tocar, ni oler, solo ver; si no, ¿cómo se las habrían arreglado Pete y Caz para hacer el amor? Me imagino el parche de Caz cayéndose mientras agitaba la cabeza atrás y adelante y sus gemidos de placer pasaban de golpe a ser chillidos de miedo.

—¿Aún le haces pajas, Caz?

—Me parece justo; ¿cómo me voy a negar? —¿Le dolerá esto a Pete?— Pero te quiero, Pete. Pienso en ti todas las noches.

Eso es lo último que le oigo decir.

De mala gana, Pete se aleja de ella y desaparece entre la multitud. Caz baila sola, sin moverse del mismo punto, y entonces cierra el ojo derecho y se levanta el parche. El ojo derecho era verde, pero el izquierdo es marrón. Los aros son capaces de unir una parte de un gato vivo al brazo de una persona en proximidad directa, y también de conectar a distancia un ojo con un cerebro. Hay que hacerlo público.

Los investigadores caerán como buitres sobre Benny y Caz.

Miro cómo baila Caz. A veces oculta el ojo de Benny, otras se queda quieta con él al descubierto. Está relajada, pero no baja la guardia. De vez en cuando coincide con Pete durante dos o tres minutos. Hay mucho ruido; varias veces Pete tiene que pedirle a Caz que repita lo que ha dicho y, con frecuencia, ella mira hacia otro lado cuando habla con él.

Hablan sobre todo de trivialidades y de conocidos. Después de ese primer encuentro, Pete ya no ruega ni suplica. A pesar de su frustración, seguro que quiere pasar el precioso tiempo que pueden robar amistosamente, y no gastarlo en quejas y zalamerías. Caz oculta demasiado sus sentimientos, pero debe amar a Pete; si no, no correría ningún riesgo.

Me fascina la situación entre ellos, y también la idea del Ojo de Otro en la cabeza propia.

La amenaza de torturar a la gata parece, por sí sola, absurda e histriónica, aunque ingeniosa al mismo tiempo, supongo. Benny sabe cómo presionar y asustar a Caz, y puede que la amenace con otras cosas. Personalmente, no creo que nunca se fugue con Pete, por mucho que lo desee, al menos en sueños, y Pete casi se da cuenta. Antes de que llegasen los Varroa, leí una estadística que decía que solo el veinte por ciento, o menos, de las esposas llegaban a dejar a sus maridos por una aventura. Me pregunto si Pete y Caz se las arreglan para verse fuera de *The Studio*, y durante cuánto tiempo. Ese ojo espía es aún peor que un fotófono.

Al cabo de una hora larga, Svelte regresa conmigo. En el ínterin he estado pasando unos cuantos ratos con Tony Cullen. Lo primero que le pregunto a Svelte es si ha entrado en *The Studio*. Recuerdo la invitación de Sean a esa chica rubia... Dios mío, me estoy poniendo celosa de Svelte.

—Claro —dice.

—¿Cómo?

—Han intentado ligar conmigo.

—¿Y pasó algo?

—Solo la he estado engatusando un rato —sonríe—. No se puede vigilar mucho desde la cama.

¿Habrá ido Svelte con una chica por coincidencia? ¿O fue a propósito? Le cuento lo de Benny, Pete y Caz.

—Vaya, eso sí que es vigilancia, un tío celoso que mira desde tu propia cara. ¡Hace falta mucha serenidad para aguantar eso! Vi un momento a Alan y June; no están fundidos ni encadenados, aunque supongo que así no habría manera de salir al escenario, ¿verdad? ¿Te apetece bailar un rato?

¿Yo? ¿Con la jaula en la rodilla? La invitación de Svelte me excita; ¿está jugando conmigo? ¿será simple amabilidad? ¿está pensando en un camuflaje protector? ¿o qué? Sus ojos centellean; me pregunto si se metió una raya de coca con la otra en The Studio, también como parte de la misión. Este no es un buen sitio para parecer alérgica a los riesgos, así que me pongo a bailar.

Mientras, otros cuerpos bailan de forma lenta, demente, al ritmo y pulso del tekky. Una chica con botas altas, top corto carmesí y arete dorado en el ombligo lleva lo que solo puedo llamar jaula de coño; ¿cómo demonios hará para ponerse las bragas? Entonces caigo: se las ha pintado sobre la piel depilada, a la que solo se puede acceder con un pincel. Dos tipos jóvenes hacen chocar las jaulas de manos, sacando provecho de la desgracia.

Por fin, los porteros con jaulas en la cabeza y unos cuantos asistentes bajan una de las paredes de la carpa, dejando el evento al descubierto ante la noche, y la noche ante el evento. Los cuatro miembros de EC se acercan a las máquinas musicales y se enfrentan al público, de cara a la ex-pared, que se ha convertido en una gran oscuridad con siluetas de árboles.

A Sean ya lo he visto antes. Daniel es un hombre corpulento, negro, con la cabeza afeitada; su impedimento consiste en una enorme jaula en los hombros, adornada con charreteras también enormes. La jaula le impide mover el brazo, pero Daniel hace buen uso de su antebrazo. June va vestida estilo gótico, rostro blanco, provocadores labios rojos, adornos de pelo de color violeta entrelazados en su propio pelo negro azabache. Un vestido largo oscuro se hincha a la altura de la barriga; debe de ser la jaula. Alan tiene la nariz ganchuda y ojos color carbón. El pelo, largo y blanco, supuestamente decolorado, fluye desde una jaula de cabeza, y viste una túnica blanca con un pentáculo escarlata en el pecho. Parece un sacerdote *wicca* con la cabeza en una jaula de pájaros.

Se apagan casi todas las luces, con la excepción de los focos que iluminan las máquinas musicales. Alan se dirige a la multitud y gesticula hacia la noche, más allá del público.

—¡Oh, alienígenas que nos exprisionáis! ¡Hemos deconstruido vuestro zumbido, y ahora nosotros entonaremos un nuevo zumbido para vosotros, grandes abejas! Vamos a devolveros al olvido, como el flautista de Hamelin, pero con hipersintetizador. ¿Os sentís enjaulados, gente? ¡Venid y cantad! Bienvenidos a *Exprisión*.

June toma un micro y, para empezar, empieza a entonar el zumbido.

Un zumbido de abeja se puede convertir en el aullido de un banshee, que casi sofoca lo que June canta con abandonada, sudorosa pasión: queosjodan... por jodernos... corredtodosjoderalosVarroa... venidvenidvenid... venidjodervenid... jodercorreosjoder...

Los dobles bombos de la caja de ritmos suenan con altibajos, como un corazón trastornado. Heterodinar, ¿se dice así?

Lo que suena, ¿no es el zumbido de los Varroa reproducido hacia atrás?

Una luz plateada, un aro en mitad de la noche. Por Dios, ¿es que el ruido ha atraído a alguno? Los músicos gesticulan, los bailarines encaran la oscuridad y el anillo de luz plateada que flota sobre el prado. Tony señala su falso impedimento, la cámara digital. «Oh, tío» grita Svelte. Tengo que hacer venir a un equipo completo; grito a mi móvil, pero soy incapaz de entender lo que me responden. Svelte grita en mi oído las palabras: «frecuencia resonante».

El aro se está expandiendo. Nunca habíamos visto un aro comportarse así. La base está bajo tierra y no se ve, así que lo que veo es más un arco que un círculo.

En lugar del cielo nocturno, el área interior del aro muestra un brillo trémulo de tonos azules y verdes, como la membrana de una inmensa pompa de jabón a punto de explotar. Me pregunto si un golpe de viento repentino procedente del otro lado podría en algún momento impulsar una esfera flotante a nuestro mundo. De pronto, todo el espacio dentro del aro se convierte en un paisaje. Sí, una abertura hacia un paisaje de arbustos y árboles que son plumas blancas de avestruces y colas de pavos reales y atavíos de aves del paraíso y sulfúricas crestas de cacaúas que crecen en una tierra que destella caleidoscópicamente, una tierra similar a un mosaico de cristales diminutos. La invisible fuente de luz está en algún lugar de un cielo azul pálido.

Ultraterreno, extraño, bello: estamos viendo otro mundo. Nunca nadie había visto otro lugar a través de un aro.

Los *clubbers* nos dirigimos hacia esa escena mágica, una oleada de espectadores.

«¡Tío!» grita Svelte, y Tony Cullen sabe que también tiene que acercarse, y yo, que estoy parlotando por mi móvil con Combi-Intel para que vengan de inmediato, y también lo saben el sacerdotal Alan y el negro y grande Daniel, que pasan a nuestro lado, abriéndose paso a codazos. En primera fila, hecha de piel y ropa vistosa de todo tipo, entreveo a Pete durante un segundo. Está apurando a Caz para que le acompañe

al otro lado del arco, aprovechando la ocasión para llevársela a cualquier parte y, de repente, lo atraviesan, junto con otra media docena de jóvenes que brincan a su lado, y no se asfixian en una atmósfera tóxica alienígena, al menos de momento. Están rodeados por la preciosa vegetación alienígena y cada vez se les une más gente.

Creo que el sonido de los altavoces ha entrado en un bucle. Suena la grabación de la actuación de los de EC. El aro expandido, que estaba perfectamente estable, parece temblar.

—¡Date prisa! —dice Svelte. Me agarra con fuerza de mi lado bueno para que la jaula de la rodilla no me haga tropezar, y me impulsa en su dirección porque, desde luego, tengo que ver al otro lado del aro. Cuando miro cómo la gente pasa al otro lado, me imagino un asalto de una multicolor cruzada de niños a una ciudad con una brecha en la muralla. Como el flautista de Hamelin cuando llegó a la montaña que se abrió para dejar pasar a todos los niños y niñas hechizados...

—Tony, quédate para poner al corriente al equipo cuando llegue...

—Y una mierda, yo esto no me lo pierdo. Ya habrá bastantes impedidos que se queden para contarlos...

Lo que estoy a punto de hacer quizá sea una locura, pero es un riesgo que corro con Svelte... Demonios, ¿se puede saber qué me pasa? Mi deber es investigar con tanto rigor como pueda. ¿Qué vamos a comer y a beber? ¿Cómo vamos a regresar?

Justo en el momento en que pasamos, el enano aquel nos adelanta a empujones. Casi de inmediato tropieza y se cae torpemente sobre el suelo destellante, que es más bien una extensión de mica multicolor que resulta abollada por el impacto. No rueda ni se apresura a ponerse de pie. El aire tiene un tenue aroma a tostada quemada y a vainilla.

—¡Espera, Svelte! —Me agacho y compruebo el pulso en el cuello del enano, sin éxito. Pruebo en la muñeca—. Está muerto.

—Demasiadas emociones.

—No. ¿Por qué está muerto?

Un chasquido tremendo y el aro ya no está. Tampoco está el ruido de los altavoces, ni el óvalo de noche, ni la carpa, ni nada del lugar del que veníamos. El amarillo y brillante sol que nos deslumbra desde más allá de las copas de los árboles-pluma parece más pequeño que... Bueno, es un sol distinto.

¿Cuánta gente se pasea por aquí, con una mierda en lo que respecta a provisiones o equipamiento? ¿Doscientos, quizá? Y todos con impedimentos, además.

¿Por qué ha caído muerto el enano?

Doscientas personas sin forma alguna de regresar. Sé por qué nos hemos precipitado a pasar por el arco: después de la frustración que sentimos todos tras la llegada de los aros, ha sido una liberación de tensión, una exaltación casi orgásmica.

También ha contribuido la belleza de este paraíso, o lo que sea esto. La gente tenía ganas de retozar.

Uno de camiseta naranja se arrodilla junto al enano, le da la vuelta e intenta reanimarlo.

—Svelte, el enano no llevaba ninguna jaula, y murió nada más atravesar el aro.

—¿Quieres decir que son las jaulas las que dejan que entremos aquí? ¿Por qué? No, fue un ataque al corazón o un infarto cerebral.

—A lo mejor tuvo uno de esos porque no llevaba una jaula.

—¿Una jaula de entrada, o una jaula para protegerlo? Esta ha sido una noche de emociones, y era un tipo pequeño; se ha excedido.

—Jacko está definitivamente muerto —anuncia el de la jaula en la cabeza, y se me queda mirando.

—Mira —le digo—, tú eres de seguridad, ¿no? —Asiente—. Tenemos que organizar a toda esta gente.

—Y a ti ¿qué te importa? —Tras el visor, ojos azules, cabello de color arena, caótico, difícil de peinar.

—Me llamo Sally Adamson —le digo, respirando hondo—. Soy de Inteligencia Combinada. Esta noche estábamos vigilando vuestro experimento musical. —Tanto Tony Cullen como Svelte están a mi lado para apoyarme.

—Soy Bryce. ¿Queda alguien de los vuestros en *The Studio*?

Pues no; no de momento, al menos, aunque espero que mi parloteo en el móvil disparase la alarma. Nadie en sus cabales esperaba que el concierto tecno de esta noche tuviera estas consecuencias.

¿Por qué llevé tan lejos lo de que no tenía que haber sido más que una inspección privada? Y, encima, solo bajo mi propia autorización. Me la voy a cargar, eso seguro. ¿A qué distancia de la Tierra habremos saltado exactamente?

—¿Llevas una radio? —pregunta Bryce—. ¿O un teléfono?

—¿De verdad esperas que...?

—¿Lo has intentado?

Tiene razón, así que saco mi teléfono.

—No hay señal.

—Marca de todos modos, a ver qué sucede.

*Dee-du-doo-doo-du-do...* seguido por un silencio.

—Ahora ya estás seguro, ¿no?

—¿Por qué cruzaste el aro, Bryce?

—Alguien que estuviera al mando tenía que hacerlo. —Desde ese punto de vista, supongo que él manda más que yo—. Como ya me conocen, es probable que los chicos me hagan un poco de caso. Será mejor que te limites a asesorar, ¿de acuerdo?

—Mira a Tony y Svelte—. ¿Tenéis armas? —Doble negativa; risa breve.— Así que no tenéis más que inteligencia combinada. Y ahora está más bien desconectada.

la gente se ha ido dispersando entre los arbustos-pluma y los árboles-pluma. Una pareja, parcialmente oculta por las plumas de avestruz, parece estar echando un polvo. Llegando hasta el fondo del problema, por así decirlo. Bueno, es injusto decir eso; son pioneros de verdad, los primeros seres humanos en practicar sexo en un mundo alienígena. Una anécdota insolente para los libros de historia.

—A ver, ¿cómo sabemos que este sitio es real? ¿Y si es una realidad virtual a la que solo se puede acceder con las jaulas, y por eso Jacko, o al menos su mente, no ha podido tomar parte en ella? Quizá los Varroa pertenezcan a una especie de inteligencia combinada superevolucionada alojada en el espacio de la mente — exclama Svelte.

—Sí, claro —dice Bryce con sarcasmo—, y también ha soltado millones de toneladas de putas jaulas metálicas en la Tierra, ¿no? ¿Y dices que es virtual?

—Bueno, era solo una idea. Te habrás dado cuenta de que no se ve ni un insecto, ni un pájaro. No hay ecosistema. —Svelte tiene razón, al menos en lo que respecta a esta zona—. No podemos esperar encontrar pájaros, pero debería haber algo más que un montón de plumas bonitas. —Svelte tiene un pensamiento de lo más acrobático.

Comunicación, comunicación. Hay que comunicarse con los clubbers, para organizarnos. No debemos dispersarnos de forma caótica; necesitamos comer, beber, explorar, comunicarnos. Comunicarse con nuestros hogares es imposible; ¿o quizá...? Miro a Caz y Pete, de pie, cogidos de la mano, el parche negro sobre el ojo izquierdo de Caz, mientras Bryce y Svelte reúnen a la gente...

Si Benny puede ver a través del ojo de Caz en el otro lado, ¿puede ver Caz a través del suyo ahora? Pero cuando están alejados... ¿Cómo es posible? ¿Cuál es la conexión? ¿Ciencia alienígena avanzada? ¿Una especie de visión instantáneamente vinculada? ¿Algo cuántico? ¿Un atajo a través del espacio-tiempo? ¿Cómo de lejos querrá decir «alejados» antes de que sea demasiado lejos?

Mi teléfono puede mostrar cuatro líneas de texto en la pantalla, que tiene el tamaño del dedo pulgar.

—Tú eres Caz. Yo soy Sally, de Inteligencia Combinada; ¿has entendido? Caz ha entendido.— Y tú eres Pete. Caz, sé que Benny y tú podéis ver lo que ve el otro.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado espiando; es mi trabajo. Al parecer, nos hemos quedado aquí aislados, sea lo que sea «aquí». Tú puedes servir para comunicarnos con nuestro origen...

Pete no quiere que coopere, claro. Acaban de huir juntos y ya estoy pidiéndole que deje a Benny verlo todo, suponiendo que sea posible.

—Siendo realistas —comento—, sin comida ni agua probablemente vamos a morir aquí; a menos que antes nos mate otra cosa.

Pete abraza a su Caz, como si pudiese protegerlos a ambos por pura fuerza de voluntad. Pero el mundo no funciona a base de deseos.

Yo también voy a morir; yo y Svelte. Pensaré en ello más tarde; ahora lo importante es que Caz lo entienda. Sé que tiene muy en cuenta los deberes y las obligaciones, aunque eso suponga frustrar sus sueños. Me parece lo justo, ¿no? ¿No era eso lo que había dicho?

—Caz, esta es la primera información que tenemos sobre la procedencia de nuestros invasores. En casa, nadie se enterará de nada a menos que...

Asiente con tristeza. O quizá con coraje; hay muchas clases de coraje. Las mujeres comprenden el sacrificio mucho mejor que los hombres.

Pete se sienta, dándonos la espalda. No quiere ver lo que está pasando; ¿o quizá es que no quiere que el ojo de Benny que lleva Caz le vea? Si Caz mira a su alrededor, el cabello pelirrojo de Pete será bien visible.

Vaya, pues funciona: estamos conectados. En este lado, el ojo de Benny lee la pantalla del teléfono; en el otro, el ojo de Caz en la cabeza de Benny lee un bloc de notas en el que él escribe. Aleluya; bueno, no del todo.

Me parecía increíble que nadie fuese capaz de sacar provecho de esta situación para hacer chantaje, pero Benny lo hace; ya lo creo que lo hace. Benny no va a decirle nada a nadie a menos que Caz le prometa, le jure por el recuerdo de su madre, que volverá con él. Dejemos lo de torturar al gato; parece que aquello no fue suficiente para retenerla. Y olvidemos también que es extremadamente improbable que ella regrese; a menos, supongo, que Combi-Intel se ponga las pilas y se las arregle para tomar el control de un aro con el mismo método que han utilizado los de EC. Dios mío, esos dos, el cura y el tipo negro, no se van a librar de mi interrogatorio. Puede que Alan y June sean capaces por sí solos de dar a Combi-Intel las instrucciones necesarias para volver a abrir el aro. Hay esperanza, hay una posibilidad; entonces, ¿por qué estoy tan ciega y voy tan despacio? Creo que tengo demasiado en lo que pensar. Ni Bryce ni Svelte sienten la misma esperanza que yo; o, en todo caso, no lo han dicho. Seguro que es porque, como acabamos de llegar, la novedad aún supera a la desesperación.

Caz abre el ojo derecho y de él saltan lágrimas, minúsculos discos de agua, como si estuviese expulsando lentes de contacto, una tras otra. Nunca había visto a nadie llorar de esta manera, con lágrimas que son casi proyectiles, acumuladas hasta tal

punto que no fluyen, sino que vuelan, al menos durante unos segundos. Luego cierra el ojo con fuerza.

—Ya no puedo ver el teléfono —me recuerda—. Escribe: «Lo prometo» —y yo pulso las teclas con la uña.

—Puedes romper una promesa fruto de una amenaza —le dice Pete con vehemencia.

—Lo siento, pero es algo personal. Una promesa es una promesa.

—¡Es asqueroso y cruel amenazar con ocultar información al mundo entero a menos que él pueda colgarse de ti como un perro!

—No puedes culparle. Después de todo, él y yo llevamos mucho a nuestras espaldas. ¿Qué iba a ser de él?

¿Qué es Caz? ¿Muy cobarde, o muy valiente, ya que es capaz de sacrificar la esperanza de su propia felicidad por el bien de muchas otras personas, que ni siquiera lo sabrán nunca?

—Mierda —Pete no trata de interferir mientras sostengo la pantalla del teléfono delante del ojo marrón de Benny.

—¡Varroa!

Un zumbido se acerca. No tardan en venir a inspeccionarnos.

Poco después llega un segundo Varroa. Mientras miramos hacia arriba, charlando entre nosotros, el zumbido mutuo de los Varroa se modula, como si estuviesen buscando en el espectro de sonido. Luego me parece oír ecos rasgueados de palabras humanas, palabras sin significado, como si sonasen hacia atrás, medias palabras.

—Putá mierda —dice el grande y negro Daniel—. Juraría que nos están sampleando — De hecho, ya ha jurado.

O sintonizando —dice Svelte.

De pronto suena una frase inteligible.

—¿Por qué traer niño debe morir sin zzz sin sin jaula? —Es la primera vez que un Varroa se comunica; pero el caso es que aquí no hay ningún niño...

—Cree que Jacko es un niño. ¡El muerto no es un niño! —le grito al Varroa—. ¡Es un adulto demasiado bajo para recibir una jaula!

—¿Cómo abren zzz abren abren aro?

—¡Con nuestra música! ¿Qué, quieres comprarnos un lápiz de memoria? — contesta Daniel, señalando al Varroa con un dedo, desafiante.

«No preparados».

—Claro, es que aquí no tengo lápices de memoria.

«No preparados».

Tengo la sensación de que los Varroa son inteligencias de bajo nivel comparadas con lo que sea que los creó, crió o montó. Deben de tener, no sé, la capacidad de un perro pastor multiplicada por diez o algo así.

Los dos Varroa empiezan a volar en círculo sobre nosotros. No, en realidad el círculo se mueve hacia fuera en espiral. En pocos instantes se mueven a toda velocidad, esquivando los altos árboles de plumas mientras dan vueltas a nuestro alrededor. El zumbido hace muchísimo ruido, *MUM-UM-MUM-UM*. Una brillante línea de luz empieza a seguirlos, como una estela, dos arcos luminosos cada vez más largos que se unen al cabo de poco tiempo. Los Varroa están guiando al colosal aro horizontal que nos abarca a todos y que se intensifica de pronto, destellando mientras se acerca al suelo,

que es un césped áspero y corto, iluminado por la luz de la luna; yo logro mantenerme de pie, pero a mi alrededor se cae mucha gente por culpa de los impedimentos y la desorientación. La imagen fantasma del anillo se disipa y veo una extensión llana de hormigón en la que distingo grandes edificios bajos y siluetas de aviones aparcados, reactores de pasajeros; y una media luna en el cielo, entre nubes y estrellas. La gente se levanta como puede; ayudándose unos a otros. Nos han tirado sin remilgos en un inmenso aeropuerto, cerca de una pista sin iluminar, aunque un poco más allá se pueden ver unas cuantas luces. Hoy en día, ahorramos electricidad cuando podemos. Alguien se queja de su tobillo, torcido o roto.

—¡Es Heathrow! —chilla una muchacha.

Los aeropuertos son anónimos, pero lo de más allá del perímetro podría ser perfectamente Western Avenue, donde los hoteles que sigan abiertos ya no tendrán demasiados huéspedes. Esto podría ser Heathrow, el aeropuerto de Londres, no tan ajetreado como solía estar, ni mucho menos.

De pronto, las luces de la pista se encienden; ¿será por nuestra llegada? Quizá deberíamos fingir que somos un grupo de pasajeros recién aterrizados de Sirio, o alguna otra estrella. Por favor, pasen por el control de pasaportes; vaya, ¿no lleva equipaje? La gente empieza a dirigirse hacia la pista iluminada.

—¡Que todo el mundo se quede donde está! La pista es peligrosa. Va a aterrizar un avión —ruge Bryce.

—No hay ningún avión...

—Idiota, ¿no sabes que no encienden las luces hasta el último momento. El avión debe de estar a diez minutos. —Tiene razón, claro está. Svelte lleva una linterna e ilumina aquí y allá.

—¿Has perdido algo? —le pregunta Tony.

—Busco plumas.

A la luz de la linterna de Svelte, no encuentro ninguna. Puede que los Varroa o el gran aro hayan retenido cualquier rastro de vegetación alienígena cuando nos devolvieron a... a un lugar grande, plano y vacío, donde no chocásemos con nada.

—Que todo el mundo se quede aquí —grito yo—. Llamaré a un autobús para que venga a recogernos y nos devuelva a *The Studio*.

Ahora, mi teléfono tiene línea. *Di-du-duu-duu-du-duu... ring, ring.*

—Aquel sitio era artificial —sostiene Svelte mientras nuestro atiborrado autobús, el primero de tres, se acerca por fin a Lambeth. En cada autobús hay personal de Combi-Intel que se afana en hacer entrevistas preliminares a todos. Más tarde interrogarán a más gente, especialmente a Daniel, Sean, Alan y June, aunque sospecho que ni los EC ni nadie podrá volver a controlar un aro con el mismo método; porque no estamos preparados.

—Fabricado. Creado. Igual que uno crea bonitos cristales en un jarro con no sé qué líquido.

Quizá las plumas fuesen una especie de sensores exteriores de una máquina del tamaño de un mundo; o no tan grande; quizá la gravedad fuese artificial. A lo mejor era una especie de parque de atracciones para alienígenas, o un jardín de esculturas; pero artificial, en cualquier caso.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —Svelte mira por la ventana, hacia las casas y las calles.

¿Qué significa «no preparados»? ¿Es posible que los impedimentos sean una especie de ayuda benéfica para el aprendizaje? ¿Un centro de atención para el crecimiento mental? ¿Una forma de alcanzar las estrellas y participar, si somos capaces de descubrir cómo? ¿Algo que aprenderíamos a utilizar al cabo de diez años, o de cincuenta? Sin duda, los Varroa no se referían a que no les apetecía comprar un lápiz de memoria.

—Tendremos que seguir hablando de esta idea tuya de que todo era artificial, ¿eh, Svelte? —¿Cuánto me tienta Svelte! Y no sé si hay posibilidades; ojalá. Creo que es mejor no ser tan impulsiva como cuando me fui de clubes con ella y Tony Cullen. Mirándolo en perspectiva, fui bastante imprudente, y eso no me gusta.

Falta una persona, Jacko, el muerto. ¿Fue porque su cuerpo estaba fuera del anillo de luz que descendió? ¿O porque un cuerpo muerto es más similar a un arbusto-pluma que a una persona viva?

Cuando bajamos del autobús, veo a Pete hablando con insistencia con Caz, y pongo la oreja otra vez.

—¡...no significa nada, porque Benny no ha ayudado ni una mierda! Hizo una llamada, ¿y qué? ¿Qué iba a hacer el copropietario de un lugar que pierde un par de centenares de personas? ¿Pasar de ello? ¡Fueron los Varroa los que nos volvieron a traer, y no precisamente gracias a él!

—Aún así —dice ella, con tristeza en la voz—, se lo prometí. —Caz agita el pelo, quizá para ocultar las lágrimas, o para dispersarlas, y se aleja caminando hacia *The Studio*.

Todos llevamos nuestras jaulas, pero ¿cuándo vamos a aprender de ellas?

**Un relato breve de la recopilación de *Marte, Stalin y enanos gigantes*, de Ian Watson.**